



LA LUZ DEL ALMA

A LA NIÑA SOLEDAD ARIZMENDI Y ÇIGORRAGA

En tu precoz inteligencia,
noble corazón y exaltada fe,
encuentra motivo para dedi-
carte este artículo

J. C. MENA.

Es difícil hablar á las inteligencias infantiles, porque la edad de la infancia es la edad de los vagos sentimientos y de las ideas informes; edad sin carácter definido, sin aspiraciones acentuadas, sin rasgos fijos; pero es preciso hacerse entender de la infancia si se la ha de dirigir rectamente, y si la palabra educación ha de ser fecunda y ha de convertirse en hechos prácticos. No por los obstáculos se ha de renunciar á los nobles propósitos; no por las dificultades se ha de desistir de generosa idea; no por los riesgos se han de abandonar las empresas

heróicas. Muy al contrario: los obstáculos, las dificultades y los riesgos son el estímulo de los corazones entusiastas por la causa de la verdad. Y el que quiere tomar una parte activa en la gran obra de la educación social, encuentra un aliciente supremo en las contrariedades consiguientes á tan elevada empresa.

Prescindamos, pues, de todas las dudas y vacilaciones que pudiesen detener nuestra pluma, y dirijámonos á la infancia para enseñarle un bien inestimable, para decirle cuál es la luz del alma.

¿No es verdad que la vida sin luz, léjos, muy léjos de ser vida, es una muerte espantosa, es la muerte que no mata, es la muerte viviendo, es la muerte sentida, es la muerte gozán-

dose cruel en el terror que produce en el débil corazón humano? ¿No es cierto que la vida con luz es la vida verdadera, la vida que deja vivir, que deja gozar, que deja admirar la grandeza del Autor de todo lo creado? ¿No es verdad que la luz nos hace comprender el valor de la existencia, nos hace codiciar la perpetuidad de la vida y nos sobrepone á la angustiosa condición del tiempo, presintiéndonos la eternidad? Y la luz que alumbra los horizontes de la tierra es la luz del sol, de ese astro que en apariencia es una antorcha del planeta que habitamos, y que en realidad es más de un millon de veces en volúmen que el mundo entero. Y sin embargo, los horizontes de la tierra son limitados, y limitados son también los espacios que ilumina la radiante luz del sol. Pero, ¿cuáles son los horizontes, cuáles los espacios que recorre nuestra alma en su vuelo espiritual? ¿Qué luz ilumina los horizontes y los espacios del alma?

Es menguada la admirable y grandiosa luz del sol para el mundo sobrenatural, porque la luz del sol está encerrada en la esfera que alcanza, y la luz del alma rompe toda esfera limitada, traspasa las fronteras del espacio y del tiempo, y se dilata por el divino campo de lo infinito, de lo eterno. Esa luz viene directamente de Dios, y nos deja comprender los atributos del Altísimo y adivinar su grandeza; esa luz nos guía por el escabroso camino de la vida, mostrándonos en lontananza el puerto de refugio para todas las tormentas; esa luz nos presta calor para vigorizar nuestro espíritu y fuerza para dominar nuestras pasiones; esa luz nos levanta sobre el polvo que pi-

samos y sobre el polvo en que estamos envueltos, y que es nuestro sudario; esa luz es la luz sacrosanta de la fe.

Pues bien: esa luz, que es infinitamente más esplendorosa que la luz del sol y que la luz de la ciencia humana, porque es divina, y por lo tanto infinita, no es patrimonio de los poderosos de la tierra ni de los sabios del mundo; no es monopolio de la edad proveyta, no es fruto de la observación ni producto de la experiencia, sino que es una dádiva celeste, es un don de Dios, y por eso resplandece tan pura y tan magnífica en la tierna niña á quien dedicamos *La Luz del alma*.

¿No es verdad que esa luz disipa todas las sombras de la inteligencia? ¿No es verdad que esa luz destierra las negras nubes que oscurecen el corazón? ¿No es verdad que nos presta aliento para realizar virtudes? ¿No es verdad que es el resorte de nuestra felicidad terrenal y eterna?

¡Felicidad terrenal! Hé aquí una idea que no llamamos paradójica, porque queremos hacernos entender de la infancia, y por eso la llamaremos imposible en el orden natural; pues es imposible de realizar sin el concurso de la fe. ¿Qué sería el mundo, si el mundo fuera nuestra única mansión? ¿Dónde se apagaría la sed ardiente de la inmortalidad que devora á nuestra alma, si se nos cerrasen los horizontes de lo eterno y de lo infinito? ¿Dónde sino en Dios puede calmarse el delirio purísimo de amor vehemente que nos abraza? ¿Dónde sino en la fe encontraremos esa luz inefable é inextinguible que alumbra la atmósfera del alma?

La vida sin creencias es un sepulcro viviente. La vida sin creencias es la protesta más ciega y obstinada que

puede hacerse contra el poder de Dios. *La vida sin creencias es la locura ó la desesperacion, porque sólo un demente no se desespera si está convencido de que nada ha de esperar fuera del mundo. La vida sin creencias es la vida sin alma ó el alma sin luz; y la vida sin alma es la vida del irracional; y el alma sin luz es el gran martirio de la vida.* Por eso debemos ver en la luz del alma el bien más inestimable y la dicha más suprema.

¿Qué sacrificios no hiciera el hombre para conservar la luz del sol, si de los sacrificios del hombre dependiese la existencia del astro que alumbra el mundo? ¿Qué sacrificios no debe hacer para conservar la luz del alma, que es la que resuelve el problema de la felicidad eterna, y que le hace feliz, aún en le seno de las tribulaciones más terribles? Y sin embargo, la fuerza de las pasiones le arrastra á los goces del presente, goces que cuando no se ajustan á las severas é inflexibles leyes morales, enervan el cuerpo y matan el alma, le hacen infortunado en la tierra y le desheredan del cielo. ¡Oh! ¡no es posible encontrar palabras bastante elocuentes para encarecer la importancia de la fe, ni colores tan tétricos para pintar el sombrío cuadro del alma sin luz! Porque la fe no es una creencia estéril que no conduzca á resultados, sino una creencia positiva y fecunda que se convierte en grandes virtudes prácticas y que se sobrepone á todas las contrariedades de la vida, descubriéndonos todos los abrojos de la exis-

tencia terrenal y enseñándonos las verdades fundamentales que nos muestran nuestro origen y nuestro destino.

¿Qué sería para vosotros, hombres de la impiedad, este mundo terrenal al que vivís tan apegados, si se oscureciese para siempre, apagándose la luz del sol?

¿Qué sería para los creyentes el alma sin la fe? ¡Oh! no son términos comparables los que acabamos de enunciar, porque lo temporal y lo eterno son las ideas más opuestas que puede concebir nuestra mente; pero esos términos sirven para decirnos que el mundo del hombre no es el mundo terrenal sino el mundo del alma, y que el mundo del alma tiene una luz inefable y suprema: la luz de la fe.

¿Qué sería del que no concibe la vida sin la esperanza de lo infinito y de lo eterno, si se le arrebatase la luz que le descubre los horizontes celestiales? ¡Oh! no acertamos ni aún á bosquejar pálidamente la situación terrible de aquel que perdiese la fe. ¡Fe pura y santa, tú que has salvado al que esto escribe, prestándole aliento para soportar los dolores más crueles del corazón, y el infortunio inmenso que acaba de sufrir con la pérdida del afecto más vehemente de su vida, que era su ejemplar esposa; fe pura y santa, ilumina con tus divinos resplandores la conciencia humana, porque sólo tu luz es redentora, porque sólo tu luz traspasa los espacios infinitos, porque tu luz no es la luz del mundo, porque tu luz es la luz del alma.

JUAN CANCIO MENA.



EL GRANO DE ARENA

(MEDITACION)

¿Será que el destino marque
con triste necesidad
en la vida de los seres
una carrera fatal,
hasta al átomo de arena
perdido en la inmensidad?

.....

Granos de arena ignorados
hay en la orilla del mar,
granos de arena en los bosques
perdidos también están;
hermanos que fueron antes,
del mismo suelo quizás,
mas con vida diferente,
con destino desigual.

Los unos nacieron sólo
para hallar en la pradera
los rayos de un sol templado
y el fulgor de las estrellas;
para escuchar de las aves
la música lisonjera,
los dulcísimos arrullos
del viento que los orea;
para gozar los halagos
de la cariñosa hierba,
y el abrazo enamorado
de la flor de primavera,
de la flor que les regala
con su perfumada esencia,

que con perfume de amores
les ciñe, envuelve y penetra.

—

Nacieron los otros tristes
para sufrir en la playa
los rayos del sol ardiente,
los rayos del sol que abrasa,
el soplo del huracán
que en remolinos los lanza,
que los arrastra y revuelve
y con furor los maltrata,
el rudo golpe incesante
de la mar que no descansa,
que los sacude y azota,
que los hiere y despedaza.

.....

¡Y fueron hermanos antes!
¡del mismo suelo quizá!
mas... ¡cuán diverso destino!
¡qué vida tan desigual!

—

Yo, pobre grano de arena
perdido en la humanidad,
¿hallaré acaso la vida
de amor y de dulce paz,
ó viviré combatido
con inquietudes y afán?
¿Seré el grano de los prados
ó el de la orilla del mar?

PASCUAL VINCENT.

LOS ANIMALES



LA PERRA Y LA GATA

Una perra tenía cinco hijuelos, pero era tan delicadita, que se la juzgó incapaz de criar una familia tan numerosa. Sin embargo, su dueña no quiso consentir que se sacrificara á ninguno de los recién nacidos, porque eran de una casta muy estimada, y todos prometían ser muy lindos. Por ventura, el mismo día una gata de la misma casa tuvo tres gatitos, y dos nacieron muertos. ¿Y qué hizo la dueña de la perra y la gata? Sustituir los dos gatos muertos con dos perritos, y dar estos á la gata para que los criase.

La gata, una real moza, no extrañó de ninguna manera aquel cambio, y crió á los dos

perritos, al mismo tiempo que la perra criaba á los otros.

Y ¡cosa curiosa! la gata y la perra, que antes no se podían ver, y se agarraban muchas veces y se daban soberanas tundas, se hicieron desde entonces muy amigas; la perra parecía como que agradecía á la gata el favor que le había hecho criando á dos de sus hijos, y la gata, por su parte, habiendo tomado afición á sus ahijados, dulcificó mucho su mal genio y se mostró sensible á las caricias que la perra y los perrillos le hacían, en prueba de gratitud; que también los animales son agradecidos.

LOS GRANDES INVENTOS CONTADOS Á LOS NIÑOS

EL PAPEL

III

Ya sabeis que el papel se hace generalmente con trapos: hoy debo presentaros los dos procedimientos principales para fabricarlo de esta materia. El primero es el que comunmente se llama *á mano*; el otro es por medio de máquinas.

Fabricóse á mano hasta el siglo XVIII, en que un frances, llamado Robert, inventó una serie de aparatos mecánicos que permitian sacar hojas de papel de una longitud indefinida.

Suponeos, niños queridos, una tira de papel que fuese de un largo extraordinario, todavía podeis admitir que puede fabricarse otra más larga aún.

—¿De modo, direis, que la invencion de Robert permite hacer una faja que rodee la tierra?

—Seguramente, si hubiese medio de conservarla entera.

Pero bueno es volver al inventor Robert.

Este vendió su invento al propietario de la fábrica en que se encontraba, y Mr. Didot Saint-Léger, que tal era su nombre, no habiendo encontrado en su país el estímulo ó la proteccion que deseara, marchó á Inglaterra, donde desde luego vió realizados sus deseos.

Desde entónces el procedimiento me-

cánico vino á sustituir al manual, y hoy este último sólo se usa para algunos papeles de lujo.

Ha llegado, por lo tanto, el momento de explicar lo que comunmente se llama, como he dicho, fabricacion á mano.

En las fábricas se empieza por separar los trapos de lana ó seda de los demas; y separados aquellos, se dividen en pequeños pedazos, humedeciéndolos y amontonándolos en un lugar especial que tiene un nombre que no quisiera deciros.

Pero no hay más remedio: se llama *pueridero*.

En él fermentan los trapos, pasándose estos, despues de dos ó tres semanas, á unas tinas llenas de agua, y que tienen unos mazos ó paletas cuyo objeto es machacar perfectamente la pasta. Pasa esta por varias cubas ó tinas hasta que queda convertida en una especie de pulpa fina: entónces se dice que está *refinada*.

Con esto queda hecha la pasta, y resta sólo convertirla en papel.

Para esto se la introduce en una cuba ó depósito, donde se echa agua, cuya cantidad influye en el grueso del papel. Un obrero toma entónces un cuadro, en el que se vierte la pasta, introduciéndolo en la cuba donde aquella se encuentra, habiéndole colocado ántes otro cuadro movible que se lla-

ma *frasqueta*. Diferentes movimientos hacen enlazar los filamentos de la pasta, distribuyéndolos con igualdad y haciendo formar la hoja de papel, que se saca del cuadro y coloca entre pedazos de paño.

Gran práctica se necesita para todas estas operaciones, que constituyen la manufactura del papel hecho á brazo.

Y debo hacer os una advertencia.

¿Creeis que ese procedimiento es lento?

No es así, queridísimos lectores; se hacen muchas hojas de papel en un dia. No obstante, esto no puede satisfacer hoy, y por eso este método está desde luego sólo destinado á algunos papeles de altos precios.

¿Habeis comprendido el modo de hacer el papel?

Seguramente no tendriais inconveniente en hacer os fabricantes de tal artículo.

Pero... no me acordaba de los trapos viejos: vosotros no querreis manejar una cosa tan sucia, ¿no es verdad?

Vaya, entónces puedo creer que seriais fabricantes de papel con trapos limpios.

Querais ó no ser fabricantes de papel, voy á explicar os su fabricacion por medio de las máquinas, que hoy están más perfeccionadas que cuando Robert las inventó en el año 1799.

Para los nuevos procedimientos es necesario tambien separar las diversas clases de trapo... los de procedencia animal, tales como de lana y de seda, no sirven, y hay que dejar solos los que tienen un origen vegetal: son estos los de algodón ó hilo.

La mecánica, queridos niños, ha hecho grandes servicios á la humanidad, y la fabricacion del papel por medio

de las máquinas ha sido causa de la gran baratura del artículo. Hé aquí por qué hoy podeis leer y poseer preciosos libros, instructivas revistas por poco dinero.

Es una gran cosa, pues, el empleo de las máquinas. Más adelante os hablaré, talvez, particularmente de ellas, y entónces podreis conocer lo que son y lo que valen.

Y puesto que de esto os he de hablar otro dia, me concretaré al papel.

Hecha la division de los trapos, se meten los que han de servir en una lejía de sosa.

¡Lejía de sosa! direis.

Sí, niños; no está hecha con ceniza, como la que vosotros veis usar á las lavanderas de vuestras casas; está hecha con sosa: ya sabreis con el tiempo lo que esto es.

Con la lejía quedan limpios los trapos; pasándose despues á triturarlos, á formar la pasta. Aquí no hay ya cubos con paleta ó mazo; ahora se meten los trapos en un cilindro que gira, y que por medio de ciertas láminas reduce á pasta lo que ántes hacian las paletas. Es necesario refinar la pasta: un aparato casi semejante al anterior se encarga de ello, dejándola ya lista para convertirse en papel.

Necesita, sin embargo, una operacion más: blanquearla; pues conserva el color que desde luego han producido los diversos que podian tener los trapos: esto se consigue comprimiendo la pasta é introduciéndola en un depósito cerrado en que se hace entrar cloro gaseoso.

Este cloro, queridos niños, es un gas que tiene un poder ó eficacia particular: el de quitar el color que la pasta conservaba, dejándola blanca

completamente y lista para hacer de ella el papel.

Esto lo ejecuta una máquina que tiene un cilindro giratorio cubierto de bayeta: á ésta se adhiere la pasta; y como va arrollándose, sucede que la hoja de papel se va formando por este singular procedimiento. La bayeta se arrolla á unos rodillos calientes, secándose así las hojas de papel, que saldrían si no completamente empapadas en agua.

Este es, queridos niños, el modo de hacer el papel que se llama *continuo*. Este nombre es originado por la continuidad de la faja que produce la máquina.

Ya sabeis, queridos niños, todo lo que yo puedo contaros de esas finas hojas en que leéis estos renglones, en que podeis leer otros mejor escritos que los míos.

Termino aquí, pues, estas líneas.

—¡No! ¡No! Queda una cosa que no sabemos.

—¿Cuál, queridos niños?

—El modo de hacer esas bonitas figuras, esas letras que vemos en algunos papeles si los miramos al trasluz.

—No me acordaba, queridos lectores, no me acordaba de esta circunstancia.

Efectivamente, en los papeles hechos á mano puede verse la marca que usa el fabricante. A veces esta marca consta de lindas figuritas, más ó menos correctas, más ó menos bonitas.

Vosotros las habreis mirado muchas veces, y quereis, por esto, saber cómo se hacen: es una curiosidad justísima.

Voy á complaceros!

Os acordais de la forma ó cuadro de que os he hablado en este artículo, y que sirve para la formación del papel á mano: no puedo dudar de esto. En dicho cuadro se ponen unos alambres que marcan las rayas que veis en ciertos papeles, y las figuras que constituyen las marcas.

—¿Y cómo es esto? replicareis.

¡Qué impacientes sois! Los alambres hacen que sobre ellos se deposite menos pasta, y naturalmente que la hoja esté más débil en donde los tales hilos de metal estaban. La menor cantidad de pasta hace más claro el lugar en que se halla, formando las rayas que veis en los papeles de tina.

Seguramente no habreis notado tal cosa en los papeles continuos: esto es una prueba de lo que os digo.

Y ya sabeis lo más esencial acerca del papel.

E. THULLIER.





LA VISITA DEL DOCTOR

LAS MENTIRAS INOCENTES



I

¿Hay mentiras inocentes?

No, señores, no las hay, porque Dios nos prohíbe mentir, y nadie puede llamarse inocente si hace lo que Dios prohíbe.

Se disculpa á veces una mentira porque no causa perjuicio á nadie; pero este es un grave error. Toda mentira puede tener consecuencias, aunque se diga sin mala intención.

Vaya un ejemplo.

Habia una jóven llamada Sofía que tenia la mala costumbre de alterar la verdad, ó por gusto ó por complacer á alguna persona. Verán Vds. lo que resultó de esta mala costumbre de Sofía.

Tenia esta una hermana, que se llamaba Clara, y era, por el contrario, muy juiciosa, y por nada del mundo se hubiese permitido la más leve mentira.

Una tarde, las dos habian comido en casa del Sr. Duran, un amigo de su padre; no habia más personas de fuera de casa que las dos jóvenes, y la comida fué modesta y muy triste, porque toda la familia se hallaba en aquellos dias muy preocupada por efecto del deplorable estado de los negocios comerciales del Sr. Duran. Terminada la comida, las dos jóvenes fueron llevadas á su casa por una criada del citado señor.

El dia siguiente, las dos hermanas estaban en su casa ocupadas en sus labores, cuando llegó de visita la seño-

ra de Gonzalez, una señora muy habladora y muy envidiosa; Sofía, que no podia sufrirla, se complacia en contrariarla contándole cosas que excitaran en ella la fea pasión de la envidia, que en vano procuraba disimular.

La señora de Gonzalez sabia que las dos hermanas habian comido el dia anterior en casa del Sr. Duran.

—¿Conque ayer, les dijo, tuvisteis una gran comida en casa del señor Durán?

—Gran comida, no señora, se apresuró á decir Clara.

Pero Sofía, para oír á la envidiosa, no dejó concluir á su hermana, y la interrumpió diciendo:

—Sí, señora, sí, una comida magnífica.

—¡Hola! exclamó la vieja, ¿conque el Sr. Duran da comidas magníficas?...

—Todo lo que se diga es poco, continuó diciendo Sofía; aquello sí que era lujo. ¡Qué bien puesta la mesa! vajilla de cristal, cucharas de plata sobredorada, unos candelabros preciosos... Debe tener mucho dinero el señor Duran.

—No haga V. caso de esta, repuso la juiciosa Clara; todo eso es invención suya.

—¡Oh! exclamó la envidiosa, ya sé bien que tu hermana dice la verdad. Tú eres muy buena y quieres disculpar las extravagancias y los defectos de los demás. ¡Vaya, vaya! ¡el Sr. Duran dando grandes banquetes! Y es

claro, habria mucha gente... ¿verdad?

—Sí, señora, sí, mucha gente, como que hubo que añadir tres ó cuatro tablas á la mesa grande, y áun así estábamos todos bien apretados. Lo que me extrañó mucho fué que no convidara á V. el Sr. Duran.

—¡Oh! ¡ya sabe el Sr. Duran lo que hace no convidándome á sus festines! Y despues de la comida, ¿qué hubo?

—Despues, continuó Sofía, hubo baile, concierto, se sirvieron helados!... hubo pastas, dulces, ponche... en fin, fué una fiesta magnífica. A las tres de la madrugada nos retiramos, y todavía quedaba allí mucha gente.

—¡Magnífico! exclamó con ira la envidiosa, el Sr. Duran tira el dinero alegremente. Mucho me alegro de haber sabido todo eso.

—Pero, señora, no crea V. una palabra, insistió Clara; mi hermana dice todo eso por oír á V...

—No, hija mia, no; estoy bien persuadida de que Sofía no ha dicho más que la verdad. Tú eres muy buena, y procuras disculpar á las personas que se conducen mal. Bien ha hecho Sofía en contármelo todo como ha pasado, y se lo agradezco mucho.

—Diga V., señora, ¿y qué mal ha hecho el Sr. Duran en dar una comida? preguntó Sofía, á quien divertia mucho la cólera de que se hallaba poseida la señora de Gonzalez.

—Pronto lo sabreis, y pronto sabrá tambien el Sr. Duran que se le conoce.

Y la señora envidiosa se despidió de las dos jóvenes.

—¡Qué furiosa va! exclamó Sofía riéndose. No se consolará nunca de no haber sido convidada por el Sr. Duran. Ella que tanto gusto tiene en danzar en todas partes, y que tantas veces

nos ha dicho que el Sr. Duran la consideraba y la estimaba más que á nadie...

—Hermana mia, dijo Clara, no sé qué gusto encuentras en inventar esas mentiras que pueden producir alguna mala consecuencia.

—¿Qué consecuencia ha de tener esto?... Unicamente, que esa señora haya pasado una rabieta.

—Siempre debe decirse la verdad.

—Entónces habria que decir á la señora de Gonzalez que es una mujer enfadosa, antipática, murmuradora, mal intencionada.

—No, hermana, porque eso seria una descortesía, y no se deben decir á las personas cosas desagradables, y se ha de ser tolerante con los defectos ajenos, pero tampoco se debe mentir; te repito, hermana, que tengo un presentimiento de que tu mentira de hoy ha de tener alguna consecuencia enojosa.

—¡Qué aprension!

—¡Dios quiera, hermana mia, que sea yo la que me equivoque!

II

El dia siguiente, Sofía estaba convidada á comer en casa de la señora marquesa del Clavel, que debia ir á buscarla en su carruaje, y que fué en efecto á la hora convenida. La marquesa tenia un marido muy rígido y severo, á quien temia mucho, y un hijo llamado Augusto, á quien mimaba extraordinariamente la buena señora. Este niño estaba de pupilo en casa de un excelente profesor, hombre sabio y modesto, el mejor para educar los niños.

—Vamos, dijo la marquesa, á buscar á Augusto para que hoy coma con nós-

otros; será para el pobrecito una felicidad verse libre de su maestro algunas horas, porque te aseguro, hija, que el tal maestro es bien malo.

—¿Y por qué le tiene V. en ese colegio, si el maestro es tan malo?...

—Hija mia, así lo quiere mi marido, que le gusta ver tratado con severidad al pobre niño.

Y la marquesa ponderó, lamentándose, la extremada rigidez de aquel maestro, que nunca le hacia elogios de su hijo, y siempre le tenia estudiando, y no le pasaba el más leve defecto.

Y sin embargo, el maestro era un hombre buenísimo, dotado de los mejores sentimientos y de las más bellas cualidades; pero á los ojos de la marquesa era injusto y malo porque reprendia á Augusto y le castigaba cuando Augusto merecia ser reprendido y castigado.

La marquesa y Sofía llegaron al colegio en muy mala ocasion, porque al detenerse el carruaje, vió aquella por la reja abierta que el maestro tiraba del brazo á Augusto, cuyo rostro estaba ensangrentado.

—¡Ah, Dios mio! gritó, ¡ese hombre va á matar á mi hijo!

Y corrió á la sala, seguida de Sofía, que habia visto lo mismo que ella, pero que no creia que el muchacho corriese peligro.

Al ver á su madre, Augusto se arrojó en sus brazos lleno de cólera, y con los cabellos y el traje en desórden.

—¡Hijo mio! ¡Pobrecito de mi alma! exclamó la marquesa, ¡en qué estado te encuentro!...

Sofía, entre tanto, miraba á otro niño que estaba en medio de la sala con el rostro ensangrentado tambien.

—¡Ay! ¡cómo está ese niño! dijo.

El maestro explicó á Sofía que Augusto habia hecho una herida en la oreja al otro niño, mordiéndole.

Entre tanto, la madre habia llevado á Augusto á otra habitacion, á donde los siguió Sofía.

La marquesa preguntó á su hijo por qué el maestro estaba tirándole del brazo en el momento en que llegó ella.

—Porque Perico, respondió Augusto, ha querido pegarme, y el profesor le daba la razon y queria castigarme á mí, como siempre.

Augusto contestaba así porque era un grandísimo embustero; si hubiera sido un niño de buenos sentimientos y sincero, habria dicho que él era quien habia provocado á Perico y le habia mordido la oreja, y ambos se habian pegado de cachetes, añadiendo que lo que habia hecho el maestro era procurar separarlos, y por eso le estaba tirando del brazo cuando su madre llegó.

Pero el trapalón se guardó muy bien de contar la verdad, y dejó á su madre en la creencia de que el profesor era quien le habia maltratado.

—¡Jesus! ¡Dios mio! exclamó la marquesa, ¡qué brutalidad! ¡Tratar de este modo á una pobre criatura! Mira, mira, Sofía, hasta le ha arrancado el pelo...

Perico habia sido el que le habia arrancado un mechón al mismo tiempo que Augusto le mordía, y en justa defensa; pero la marquesa queria absolutamente creer que habia sido el bueno del maestro.

—No, añadió, no volverás á poner los piés en este colegio. Tu padre verá ahora por sus propios ojos cómo te ha tratado ese hombre. Tú has sido testigo de todo, Sofía.

—Pero, señora, dijo Sofía, yo no he visto al maestro maltratar á Augusto.

—Pero estás viendo claramente en qué estado está el niño, y has visto al profesor que le tiraba del pelo y le arrastraba por el suelo.

—Sí, señora, le he visto que le cogía del brazo, pero no le tiraba del pelo ni le arrastraba.

—Yo lo he visto, yo lo he visto, y basta, añadió la marquesa, un poco enojada. Y espero que no vayas á dementirme. ¿No es verdad, hijo mio, que el profesor te ha maltratado?

Augusto contestó con sollozos, que parecieron á su madre suficiente respuesta.

—Ya lo ves, Sofía, el pobrecito no se atreve á decirlo porque ese hombre le tiene aterrado.

El muchacho conocia bien que su madre estaba voluntariamente en un error; pero se guardaba bien de hablar una palabra para decir la verdad, con lo cual se demuestra la perversa ín-

dole del consentido y mimado niño.

—Quedamos, pues, dijo la marquesa á Sofía, en que me ayudarás para que yo pueda sacar del colegio al niño. Esta vez el marqués tendrá que creerme, porque tú dirás que has visto lo mismo que yo. ¿No es verdad?

—Sí, señora, murmuró Sofía, no atreviéndose á contrariar á la marquesa, y así se comprometió á decir una mentira, porque demasiado sabia que la cólera de la madre era injusta, y que el maestro no habia maltratado al niño; pero como no tenia la conciencia muy escrupulosa, se decia:—¿Qué trabajo me cuesta complacer á la marquesa?... Me quiere tanto, que debo corresponder dándole gusto en todo.

De esta manera se disculpaba ella misma la mala accion que iba á cometer acusando á un hombre honrado y estimabilísimo de una mala accion que no habia cometido.

L. D'ALTEMONT.

(Se concluirá.)

PENSAMIENTOS

La más grande y más comun de las desgracias consiste en no poder soportar la desgracia.

Los únicos bienes verdaderos son los del talento, únicos que pueden comunicarse sin perderlos, únicos que se multiplican dividiéndolos, únicos que son inmortales.

Las riquezas encubren los vicios; la pobreza encubre la virtud.

La ciencia es templanza para los jóvenes, consuelo para los viejos, riqueza para el pobre y ornato para el rico.

La ciencia sirve para hacernos conocer la medida de nuestra ignorancia.

Hay muchos hombres que desprecian el dinero, pero pocos saben emplearlo bien.

La ignorancia y el vicio son la miseria más grande.

La ociosidad acorta insensiblemente la duracion de la vida.

El mejor modo de enseñar la moral es practicarla.

El que sabe estudiar y callar, corregir sus defectos, plegarse á las circunstancias, creer á su corazon y desconfiar de sus ojos, ese sabe vivir y morir.

Si hay un lugar de dicha en el mundo, es el corazon de un hombre de bien.

ANÉCDOTAS HISTÓRICAS Y MORALES

I

ALCANDRO

En una ciudad de Grecia, llamada Esparta ó Lacedemonia, un hombre lleno de virtud y de saber estaba encargado de hacer unas leyes, y todo el mundo se habia obligado á respetarle y obedecerle.

Un dia, volviendo á su casa, encontró en una calle algunos jóvenes aturcidos que, descontentos de su severidad, le dirigieron soeces insultos.

No hizo caso, y siguió su camino.

Continuaron injuriándole, siguiéndole de cerca, y profirieron contra él voces de burla y amenaza.

Uno de ellos, llamado Alcandro, joven de un carácter violento y feroz, dijo á sus camaradas:

—Las palabras no hacen mella en él. Vereis cómo yo le hablo en un lenguaje que lo entenderá al momento.

Y cogiendo una piedra la arrojó con toda su fuerza.

En aquel instante, Licurgo, que así se llamaba el sabio, se volvía á fin de imponer silencio á los insolentes, la piedra arrojada por Alcandro vino á darle en la frente, y le estropeó gravemente el ojo derecho.

En presencia de tan inicua acción, los transeuntes se indignan, y se agrupan en derredor de Licurgo para defenderle ó para vengarle. Otros se apoderaron del joven Alcandro, y todos piden que el pueblo juzgue al miserable, mientras Licurgo es conducido á su casa bañado en sangre.

Alcandro, atado como un malhechor, fué llevado á la plaza pública,

donde un tribunal nombrado por el pueblo iba á decidir de su suerte.

El pueblo entero estaba poseído de la mayor indignación, y nadie se atrevía á defender al reo. Su mismo padre, transido de dolor, no tenía valor para excusarle, y decía á los amigos que le rodeaban:

—¡Ah! mi hijo, cuando niño, ya era violento, arrebatado, cruel; yo no he sabido corregirle, sus vicios han crecido con la edad, y hé aquí el triste fruto de mi funesta indulgencia.

El pueblo pedía que Alcandro fuese inmediatamente condenado á muerte; pero los jueces pensaron que el mismo Licurgo debía pronunciar la sentencia de su agresor. Decidióse, pues, que Alcandro fuese entregado á Licurgo, quien podría á su arbitrio hacerle morir, ó retenerle como esclavo.

Alcandro fué llevado con cadenas en las manos y en los pies, como una fiera, á casa de Licurgo.

Por el camino pensaba el infeliz.

—Licurgo no me hará morir ahora, no; me aplicará la ley del Talion; primero me hará apedrear y saltar un ojo, y si sobrevivo á los tormentos que me hará aplicar, me encerrará por toda la vida en un calabozo. Es natural que lo haga así; está en su derecho. En su lugar yo haría lo mismo.

Cuando Alcandro y los que le llevaban entraron en casa de Licurgo, hallaron á este tendido en el lecho, rodeado de sus amigos y parientes; sobre el ojo derecho tenía puesto un

lienzo, que ya estaba empapado en sangre.

Licurgo, sin manifestar cólera alguna, oyó tranquilamente lo que los enviados del pueblo estaban encargados de manifestarle, y luego, incorporándose, miró al jóven con dulzura y mandó que le quitasen las cadenas. Como Alcandro, libre ya, pero pálido y lleno de vergüenza, no se atreviese á moverse, Licurgo le dijo:

—Acércate, jóven, y no temas de mí ningun mal tratamiento. Eres mi esclavo por voluntad del pueblo; sé mi buen servidor y tendrás en mí un buen amo.

Desde esta noche, continuó, empieza tu servicio. Hasta que mi herida esté curada, tú cuidarás de mí; en mis horas de insomnio, me leerás los admirables cantos de Homero que he recogido en todas las ciudades griegas de Europa y Asia; la lectura de los buenos autores no es solamente instructiva y amena, sino que tambien eleva el alma y endulza y corrige los caractéres.

Tal fué el primer deber que tuvo que cumplir Alcandro en su calidad de esclavo de Licurgo.

Cuando este grande hombre estuvo restablecido, encargó á Alcandro de su inmediato servicio; Alcandro escribía las leyes que Licurgo le dictaba, y las explicaciones y comentarios con que las justificaba; él le acompañaba en el paseo, y el sabio se complacia en hablar con él como con un hijo; hablábale de la virtud, de la gloria que el hombre logra venciendo sus pasiones, y le refería ejemplos de admirable humildad, de santa resignacion.

Esta conversacion impresionaba mucho al jóven Alcandro; pero más le

conmovia la conducta de aquel hombre verdaderamente superior.

Veia que la bondad y la generosidad de Licurgo no se desmentian un solo momento. Si alguno faltaba á su deber, Licurgo le reprendia con dulzura, nunca con acritud, nunca con orgullo. Igualmente afable con todos los ciudadanos, cualquiera que fuese su rango, ó su fortuna, ó su edad, á todos persuadia su palabra dulce y suave, á todos admiraba su prudencia y su modestia; su humildad igualaba, sin embargo, á su valor; no era éste el valor provocativo del soberbio, sino el valor sereno, inquebrantable, tranquilo del hombre de bien.

Tal era el ejemplo que Alcandro tenia continuamente ante sus ojos. ¿Cómo hubiera podido no amar la virtud que se le presentaba con un carácter tan augusto, tan sublime? Pronto se impuso el grato deber de imitar á su maestro.

Licurgo estudiaba la feliz transformacion que se operaba en el jóven Alcandro, ántes tan orgulloso, tan violento, tan imprudente, tan arrebatado, tan necio; en ménos de un año le vió humilde, prudente, juicioso.

¡Tanto pueden los buenos ejemplos! Un dia Licurgo le dijo:

—Alcandro, ya me he vengado de tí; te he hecho digno de la libertad y te la devuelvo gustoso.

—¡Ah! exclamó Alcandro llorando de gratitud y de alegría, no consiento en dejar de ser vuestro esclavo si no consentís en que os sirva y ame como á un padre.

Y en efecto, Alcandro, modelo de hombres de bien, honor de su familia y de su país, fué siempre para Licurgo tierno y cariñoso hijo.



ALMANAQUE DE LOS NIÑOS PARA 1873

Ya estamos disponiendo la impresion del que vamos á regalar á nuestros suscritores constantes. Nuestro *Almanaque*, como el del año anterior, será del mismo tamaño que la Revista, con objeto de que se pueda encuadernar con el tomo sexto de Los Niños ó con el séptimo, que ha de comenzar en Enero.

El Almanaque de Los Niños será muy ameno, y gustará mucho seguramente á nuestros favorecedores. Se publicará en el mes de Octubre, y lo daremos á los suscritores á medida que vayan renovando su abono.

LA RELIGION EN CUADROS

Hemos adquirido cierto número de ejemplares de esta obra, adornada con más de 60 láminas, y encartonada, que daremos á nuestros suscritores con gran rebaja. Siendo su precio 10 reales en Madrid y 12 en provincias, la daremos sólo á los abonados á Los Niños por 4 y 6 respectivamente.

Los pedidos pueden dirigirse á nuestra Administracion.